

Perpetuaciones de un amigo, incesancias de una obra. ROBERTO FERRO (Buenos Aires, 1944-2023)

11



In memoriam

Hebert Benítez Pezzolano¹

Una sucesión de preguntas y de emociones forman el magma doloroso por el que fluyen el sentimiento de mutilación y pérdida, el amargo trago absurdo y la artera garra de lo injusto. Pero también el recuerdo que resiste y

¹ Hebert Benítez Pezzolano es doctor en Literatura y professor titular de la Universidad de la República, Uruguay.

crece ante el embate de la repentina, *inavisada* y filosa muerte que alcanzó a mi amigo Roberto Ferro en la mañana del jueves 28 de septiembre pasado. Ya se conoce la verdad cruel de Perogrullo: la muerte ocurre de un momento a otro, de un día para otro, sea prevista o imprevista. Pero no todos los impactos de las transiciones entre momentos y días son iguales, como tampoco lo son el lleno y el vacío que esos muertos dejan en la vida de los que nos quedamos. Para quienes fuimos sus amigos durante treinta años, la experiencia de su impensada, inmediata ausencia es, para decirlo cerca de ese otro Roberto (Arlt), un *cross* a la mandíbula. Claro está que escribir estas líneas es una forma simultánea de la memoria y de la frustración, no del consuelo.

Apenas después de compartir un café a última hora del segundo día de las Jornadas sobre Vanguardias, organizadas por el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires y por la Universidad Nacional de la Artes bajo su sostenida iniciativa, junto con las colegas Silvana López y Vanesa Pafundo, una afección a la garganta aparentemente anodina lo condujo al médico, después a su casa y por último a un sueño que lo sacó de este mundo.

12

Prefiero empezar por aquí: nuestra amistad se remonta a 1994. Otras jornadas académicas, esta vez en nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República), en Montevideo, nos reunieron con numerosos colegas de las dos orillas y de otras latitudes a propósito de la obra de Juan Carlos Onetti, sobre la que Roberto ya era un inteligente especialista. Descollaba en aquellas jornadas la agudeza intelectual y la personalidad influyente y querible de Noé Jitrik, verdadero maestro, en profundidad, de Roberto, su más cercano, su semejante y su diferente. En aquella oportunidad, advertido de los intereses comunes, Noé nos dijo “Ustedes tienen que hablar”. Y lo hicimos hasta hace pocos días. Con su maestro, Roberto mantuvo una relación de aprendizaje, de reconocimiento mutuo, de diálogo productivo y de amistad a secas durante más de cuatro décadas. Ya he escrito en otra parte cuánto nos afectó la muerte de Noé, ocurrida en 2022. Pero, me consta, para Roberto fue un golpe más acusado, del que se incorporó con trabajosa dificultad, sin terminar de recuperarse, aun cuando lograra superar el silencio en el que se

sumió durante un tiempo. Noé Jitrik fue una decisiva fuente de formación y diálogo, de intercambio crítico, de relectura de la literatura argentina y latinoamericana, de movimiento dinámico de la teoría como lugar pensado y desde el que pensar la escritura, lo literario, el trabajo crítico, la ficción, el yo, la narratividad, el testimonio, la memoria, la historia, el problema del sentido, que en el texto literario no admite revelación sino productividad por la lectura. Todo esto era sustantivo en el pensamiento de Ferro. El propio Jitrik en su prólogo al libro de Roberto *De la literatura y los restos* (2009), lo expresa de forma ostensible: “Lo que Ferro intenta capturar, entrando de frente y de costado, de arriba y de abajo, es precisamente la incesancia de los textos que lo motivan y que, como textos, intentan escapar en, precisamente, lo inacabado de lo que son”.

Inicialmente, Roberto escribió y publicó poesía, aunque se dio mayormente a la creación novelística, la que cultivó hasta los últimos años, habiendo dejado, además de varias publicadas, al menos una novela inédita; en esta última, para sorpresa, me convirtió en dedicatario y en uno de sus personajes. No obstante Roberto es autor, ante todo, de una obra crítica y teórica de notoria magnitud. La misma, que no ha sido valorada de modo suficiente, deja una estela tan significativa como incidente sobre la que, estoy convencido, resulta preciso volver. En ella prima la centralidad de la literatura como complejidad estética activa, cuyos sentidos posibles son asediados por obra de tentativas y conjeturas fundadas que a la vez señalan el inacabamiento, un diferirse de los significantes que surgen en tanto se desplazan sin dejarse fijar. Son todos movimientos y gestos que no se amparan en lo evidente, a la manera de un centro temático o estilístico, sino en cómo son leídos ciertos márgenes, intersticios o bordes en los que se agolpa la energía de la escritura, en esos lugares en que las eventuales estabilidades del sentido tambalean. No se oculta que esta forma de producción de la lectura, cuya deriva se resiste a una *metafísica de la presencia* del significado, mucho tiene que ver con su interpelación derrideana, que llegamos a compartir largamente, y años después, en mi caso, a disentir. Roberto era autor de un importante y riguroso trabajo teórico titulado *Escritura y desconstrucción. Lectura (h)errada con Jacques*

Derrida (1992), que el propio Derrida le había agradecido y expresado su valoración de modo manifiesto.

Su producción teórica se concentró sobre diversos tópicos, entre los que destacan la cuestión de la ficción, el testimonio y la referencialidad, la escritura y los modos dinámicos e inagotables del sentido en los textos literarios. Mientras, su dedicación crítica tuvo por objeto numerosas obras de la literatura argentina y latinoamericana contemporánea, en particular los casos de Macedonio Fernández, Roberto Arlt, Julio Cortázar, Manuel Scorza, Rodolfo Walsh y, muy especialmente, Juan Carlos Onetti, sobre cuya narrativa realizó una magnífica tesis doctoral.

Además de los libros de su autoría publicados,² Roberto Ferro dio a conocer numerosos trabajos en revistas arbitradas y en capítulos de volúmenes colectivos. Fueron muy importantes, por otra parte, las ediciones críticas de *El caso Satanowsky* y *Operación Masacre* (2009), de Rodolfo Walsh, así como el volumen que coordinó sobre Macedonio Fernández en la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida precisamente por Noé Jitrik. Sus cualidades, sus modos de plantear la cercanía lo llevaban a participar y a coordinar múltiples actividades académicas en Argentina y en el exterior –congresos, coloquios, jornadas–, en las que propiciaba un ámbito de discusión crítica de los supuestos y perspectivas que tuvieran lugar. Asimismo, Roberto, que dictó cursos en varias universidades extranjeras tuvo también la capacidad para estimular y colaborar con la formación de distintos espacios académicos de su país y del extranjero. En ese sentido quiero recordar su colaboración comprometida con la formación y funcionamiento del Núcleo Onetti de la Universidad Federal de Santa Catarina, creado por la profesora y también amiga Liliana Reales, espacio en el que compartimos numerosos encuentros e iniciativas académicas, dentro de las que la presencia de Roberto, con su particular energía, fue importante para los estudiantes de posgrado que integraban e integran el Núcleo.

²Algunos de sus otros títulos son, en teoría y crítica: *El lector apócrifo* (1998); *La ficción. Un caso de sonambulismo teórico* (1998); *Sostiene Tabucchi* (1999); *Onetti/La fundación imaginada* (2003); *De la literatura y los restos* (2009) y *Fusilados al amanecer. Rodolfo Walsh y el crimen de Suárez* (2010). Entre sus novelas publicadas destacan *El otro Joyce* (2011), *Los borradores de Macedonio (Una casi novela sin final)* (2016) y *El pozo de Funes* (2020).

El encuentro con la potencialidad de la literatura y del discurso crítico era una de las motivaciones centrales de su intervención y producción intelectual. Porque Ferro fue ante todo un intelectual que podía pisar fuerte pero que en ningún caso abandonaba el canal de una humildad básica, genuina, sin actuación, para comunicarse y asegurar generosamente el intercambio con los demás. En 2014 se le otorgó el Premio Konex en la categoría ensayo literario, pero no fue el único reconocimiento para quien dejó una sensible huella en los estudios literarios argentinos y también más allá de su país. La memoria de sus estudiantes, de sus doctorandos, de sus colegas y de los amigos guarda a Roberto en un sitio de referencia. Tal es, por cierto, ese reconocimiento y el de su Universidad de Buenos Aires, a la que estuvo ligado sin pausa, incluso cuando devino formalmente jubilado. Pero, como me decía con frecuencia, lo que queda es la obra, frase que alternaba con otra que, palabra más, palabra menos, él repetía y yo ahora la vuelvo sentencia: lo que queda son los amigos. Al fin de cuentas, como escribió Guimarães Rosa en el célebre cuento “A terceira margem do rio”, “las personas no mueren, quedan encantadas”.